

---

Luis Ortiz Macedo

# EL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

## Metas, realidades y expectativas

Dentro de este esquema, debemos circunscribirnos en primer término a dos recientes documentos oficiales: al del Plan Parcial del Centro Histórico de la Ciudad de México y los Anteproyectos de Acuerdo que lo aprueban, y al de la Declaratoria de Usos y Destinos de dicha área.

En el primer documento se alude a la necesidad de referirse a otros dos documentos: el Plan de Desarrollo Urbano del Distrito Federal y los Planes Parciales de las Delegaciones Cuauhtémoc y Venustiano Carranza. Esos dos documentos proceden del Departamento del Distrito Federal y de la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas.

A manera de Prólogo, el Plan Parcial se inicia con el desarrollo de un marco de referencia, dentro del cual se esboza en forma somera el desarrollo de la metrópoli mexicana, desde antes de la conquista a mano de los españoles hasta la época actual. Sus límites fueron trazados a fines de la administración virreinal, siguiendo el diseño de la típica ciudad española, de carácter segregacionista. Ese trazado fue hecho por Alonso de García Bravo a finales de 1521 o principios de 1522, por órdenes de Hernán Cortés. Su tradicional vínculo con la ciudad hermana que fue Tlatelolco, así como los centros urbanos fijos de Tacuba y Atzacapotzalco, las parcialidades exteriores y las villas complementarias —no lacustres— de las riberas del valle, y los innumerables asentamientos isleños, casi no son considerados al revisarse el fenómeno de conurbación que se sucedió, con dramático impulso, a partir de los primeros decenios del presente siglo. No son mencionados tampoco los sucesivos intentos de preservación que antecedieron a la actual administración, lo que ilustraría sobre algunos problemas de difícil solución que se fueron encontrando sobre la marcha y que, en cierta medida, fueron minimizando el alcance de un sinnúmero de acciones previstas y que, en gran medida, fueron emprendidas con vistas a una solución integral.

Tracemos, pues, un esquema histórico que, aunque sumario, nos acerque hacia el origen de las acciones que desembarcaron, durante la actual administración, en el propósito de sanear parcialmente algunas de nuestras zonas históricas, dentro del marco de una acción medida a corto, mediano y largo plazos.

Los trabajos de Luis Ortiz Macedo, Miguel León-Portilla y Eduardo Matos Moctezuma sobre el Centro Histórico de la Ciudad de México y sobre el Templo Mayor, que se publican a continuación, fueron pensados como un aporte de la *Revista de la Universidad* a la Conferencia Mundial de Políticas Culturales de la UNESCO, que se realizará en nuestro país a partir del 26 de julio próximo. Los tres textos que publicamos son un testimonio sobre la labor de rescate de su patrimonio histórico y cultural emprendida por México.

En cierta medida, la historia de nuestra nación podría hacerse a partir de la historia de México-Tenochtitlán, no sólo por la acentuada centralización administrativa, cultural y económica, sino por la enorme influencia que ella ejerció sobre los demás centros urbanos y las consecuencias que de allí se siguieron. Pocas ciudades capitales de occidente nacieron sobre bases tan complejas, conflictivas y precarias como la nuestra. Algunos males, que llamaremos “endémicos”, la aquejaron desde su nacimiento y propiciaron la larga cadena de sinsabores que aún la aquejan. Ciudad lacustre, en cuyo vaso de azolves permanentes y precariamente consistentes se sucedieron en forma cíclica altas precipitaciones de agua, sujeta al vaivén de los temblores, con grandes difi-



cultades para un cabal apercibimiento de aguas potables y una vocación hacia las plagas que diezmaron por periodos a sus pobladores, encontró serias dificultades para poder regular las inundaciones, lo que la obligó en diferentes periodos de su historia a realizar obras desmesuradas para restablecer su equilibrio. Ciudad construida y reconstruida en sucesivas ocasiones sobre sí misma, sufre un proceso de permanente hundimiento que propicia muy espectaculares desplomes en sus edificios. Ciudad poco capaz, por sus tradiciones administrativas, de resolver por sí sola sus propias necesidades, se ha convertido en el símbolo y la cifra de los males sufridos en estos aspectos por nuestro país a lo largo de su historia varias veces centenaria.

Debido a todo esto, la Ciudad Capital fue siempre objeto de permanentes y cuantiosas campañas de mejoramiento, a la búsqueda de condiciones de equilibrio que casi nunca llegó a alcanzar. Las obras emprendidas bajo el reinado de Moctezuma I, en gran medida narradas por Motolinía, dan testimonio de la importancia política y religiosa que la ciudad tenía para el imperio tenochca, lo que se acentúa por la sobresaliente prestancia de su urbanismo y construcciones y por el mejoramiento sostenido de la calidad de la vida en ella. El impacto sufrido por los occidentales frente a tal maravilla urbana ha quedado registrado en las descripciones de viajeros y conquistadores.

El establecimiento de la nueva ciudad, sobre una parte —la más relevante— de la antigua Tenochtitlán, llevaba implícita la necesidad de continuar esa gravitación simbólica a través de la implantación de un nuevo orden urbano y una nueva fisonomía en sus construcciones. Sin embargo, la nueva ciudad respetó la antigua trama urbana, que se extendía hasta los perímetros emergentes de las laderas montañosas, no afectó a las poblaciones isleñas y tampoco modificó la red acuática y terrestre de sus intercomunicaciones; el reparto territorial de las zonas agrícolas, el sistema modificado de encomiendas y los regímenes tributarios, suplantaron en gran medida los esquemas tenochcas de control poblacional y de explotación territorial. En cambio, hubo un elemento novedoso: las concesiones otorgadas a la iglesia en sus dos ramas, la secular y la regular, que las convirtieron en un segundo poder; esta superposición de funciones y facultades en gran escala, dieron fisonomía propia a los asentamientos españoles, en una medida mucho mayor que las que le otorgaron el poder civil y la acción de sus habitantes.

Sin embargo, la ciudad prevista por Cortés no fue sino un asentamiento segregacionista para albergar a la población española, y de su perímetro quedaron excluidos los pobladores nativos. No obstante, sus límites siempre fueron imprecisos, y si nos atenemos a los sucesivos documentos oficiales que tratan de precisarlos los encontraremos referidos a lo que podríamos denominar como “la ciudad de los españoles”, o sea aquella que causaba impuestos ciudadanos— de los que quedaban liberados los indígenas habitantes de las periferias. Este manejo parcial de las cifras, de las áreas y demarcaciones, ha auspiciado enfoques poco veraces respecto a su magnitud, la amplitud de su población, su economía, su comercio, sus flujos y reflujos de población, etc.

Hay que reconocer que, en gran medida, y en su integridad territorial y de interconexiones, la ciudad siguió siendo durante los siglos del virreinato eminentemente indígena, salvo un área de aproximadamente diez kilómetros cuadrados, donde se situaba la zona española y los enclaves que las edificaciones cristianas, y algunas construcciones privadas elevadas por los españoles, establecieron en los centros urba-

nos de las parcialidades periféricas y en los asentamientos isleños o ribereños.

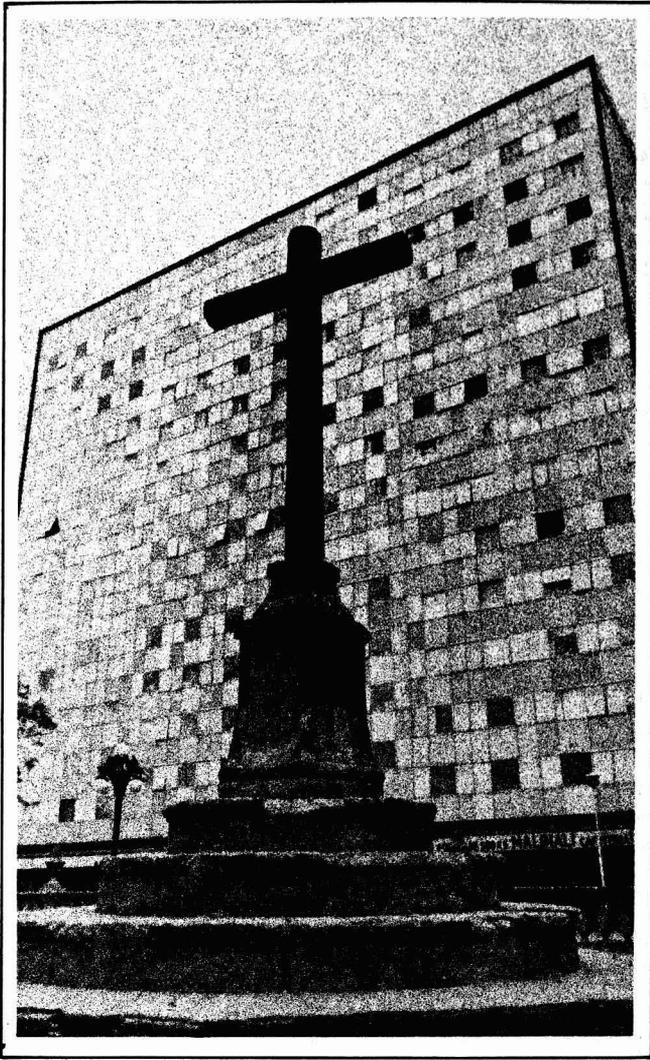
El carácter simbólico que poseen los edificios religiosos, del poder civil y de la nobleza, contribuyeron en gran medida a tipificar tanto los polos primarios como los secundarios de la ciudad española, a los cuales se les otorgó un importante

destaque. Es pena que no se haya conservado —casi en ningún caso—, la fisonomía de las ciudades del siglo XVI, puesto que la permanente reconstrucción ha caracterizado en buena medida la historia de nuestros asentamientos. De esa forma podríamos medir la correlación entre lo ordenado acerca de los asentamientos por los innumerables documentos oficiales, o su poca concordancia. La falta casi total de una estructura rigurosa, que es un rasgo sostenido en el urbanismo español en América, nos aleja de puntos fijos de referencia que permitan un análisis sistemático, y nos lleva a deducir la existencia de un proceso abierto al cambio permanente que una sujeción a las disposiciones acordadas o un respeto a los cánones previstos.

Este aparente desorden empieza a enderezarse durante las administraciones mencionadas, que establecen rigurosos “Planes Reguladores” altamente tecnificados para su época y para el medio hispano del que surgían: regulación del comercio y del trabajo; implantación de establecimientos preindustriales y de asistencia; mejoramiento de los servicios, controles y regulaciones profundas a los asentamientos conventuales, búsqueda permanente de mejorar la atención médica en la mayoría de los servicios públicos. Asimismo, y a través de la Academia de Nobles Artes de San Carlos de la Nueva España, se establecen profundos controles en las construcciones, que buscan una alta calidad en la fisonomía de la edificación. La ciudad que conoció Alexandro Von Humboldt fue la que renovaron dichas administraciones y la que tanto admiraron los viajeros durante el siglo XIX.

La primera fase de nuestra vida independiente no fue propicia a mejoras urbanas o magnificencias arquitectónicas; la creciente pobreza, la paralización de la minería y la pérdida de los mercados internacionales, comenzaron a arrojar hacia los asentamientos urbanos una gran población de origen agrícola que en poco tiempo la congestionó. De 1821 a 1845, la población de la capital se duplicó en número, hacinando a sus habitaciones y acentuando cambios sustantivos que exigían rápidas medidas. Las leyes de desamortización de bienes eclesiásticos persiguen, antes que otra cosa, retirar de las manos de los órdenes religiosos y del clero las innumerables propiedades de habitación que aún administraban, y convertir los grandes territorios urbanos que ocupaban los conventos en habitaciones populares. Así, a un costo monumental, se solucionaba en parte la escasez de habitaciones. El carácter hereditario y nobiliario de la urbe desaparece y la ciudad se populariza; los jardines, patios y solares se pueblan de vecindades de renta, paupérrimas y antihigiénicas; las casonas se fragmentan y dan cabida a numerosos vecinos poco arraigados en la ciudad. Grandes fortunas particulares se amasan a través de la especulación con la habitación popular. Las parcialidades comienzan a perder sus características semi-agrícolas y a extenderse a largas latitudes; la especulación con los terrenos de cultivos convertidos en lotes permite una mayor densidad por área.

El porfiriato beneficia el principio de los establecimientos industriales y el surgimiento de nuevas lotificaciones; fomenta las construcciones suntuarias a costa del sacrificio de grandes edificios coloniales y auspicia el ennoblecimiento



de su impulsivo Ministro de Educación Nacional, José Vasconcelos. Las juventudes se pliegan alrededor de sus ideales profundamente americanistas y nacionales. En lo formal, se impone una arquitectura entre neoclásica y barroca que trata de impedir la expansión de las modas internacionales; se fomenta el muralismo revolucionario y la literatura florece descubriendo un país que se ignoraba a sí mismo. Por desgracia, a falta de fuertes presiones urbanas, este movimiento se detuvo en lo suntuario y no supo formar cuadros de especialistas en la planificación, que hubieran sabido conducir los destinos de nuestra urbe hacia direcciones más congruentes.

Los regímenes sucesivos se caracterizaron por la miopía: quisieron convertir el Centro Histórico en un pedazo de Manhattan. Así, los bellos esquemas nacionalistas fueron expulsados de la Escuela universitaria de Arquitectura y se persiguió el modelo de las escuelas emanadas del funcionalismo internacional. El gobierno alemanista destierra a la Universidad de sus viejos edificios y comienza una desconcentración hacia otras latitudes de la metrópoli; para estas fechas, la conurbación ya va alcanzando a los poblados de la periferia, sobre todo alrededor de las grandes arterias de circulación rápida. La masacre de las áreas históricas continúa no sólo en el Centro sino en las poblaciones circunvecinas. El presidente López Mateos hace desaparecer los vestigios de la ciudad hermana: Tlatelolco, para dar cabida a un grandioso conjunto habitacional; al mismo tiempo, afloran los vestigios del centro ceremonial prehispánico en la grandiosa plaza de las Tres Culturas. Ese régimen también propicia, con magnanimidad hasta entonces desconocida, ciertas empresas culturales: el Museo de Antropología y el de Arte Moderno en Chapultepec, el Museo de las Culturas, el Museo de la Ciudad y, por encima de todo, la reconstrucción del conjunto monumental prehispánico de Teotihuacan.

El diazordazismo intenta proseguir las acciones anteriores. Otro gran proyecto de rescate de monumentos prehispánicos es emprendido en la ciudad poblana de Cholula, culminando con uno de los más sonoros fracasos arqueológicos de la vieja escuela; se descubren numerosos conjuntos prehispánicos; se inicia el principio de las escuelas de restauración especializadas; en Puebla, un patronato emprende la restauración de ciertos edificios históricos; y, en el estado de Guanajuato, se inicia una espectacular campaña por el rescate de los centros monumentales. Asimismo, durante dicho periodo, se inicia un programa tendiente a rescatar parcialmente determinados segmentos urbanos, bajo el novedoso tratamiento de conjuntos monumentales. Los seis centros cívicos salvaguardados por dicha administración trataron de otorgar una nueva y dignificada fisonomía a la maltrecha y en gran parte perdida unidad histórica. Las obras aludidas, sin embargo, no pretendieron variar el uso del suelo ni implicaron la movilización o el cambio de sus ocupantes. Al contemplar el día de hoy el descuido o la franca vandalización a que fueron sometidas las obras aludidas, nos mueve un sentimiento de tristeza debido a la imposibilidad que tiene nuestro sistema administrativo de proseguir esfuerzos emprendidos con anterioridad.

El régimen del Presidente Echeverría se caracterizó por su deseo de estructurar un pensamiento nacionalista apoyado en nuestras manifestaciones populares. Fue creada la Subsecretaría de la Cultura Popular, hermanando la actividad de los institutos de Cultura y la acción en materia de indigenismo. Se abrió el campo a la investigación del territorio y a la investigación antropológica, se fomentó las manifestaciones

de la fisonomía urbana a través de nuevos módulos arquitectónicos de importación. A través de estímulos se busca internacionalizar nuestra ciudad, con una seria pérdida de autenticidad, sin que se resuelvan los problemas del hacinamiento popular y el deterioro acelerado de algunas áreas. Del viejo casco hispánico se adueñan el pequeño y el gran comercio y los edificios de oficinas, y se multiplican las instalaciones de la administración centralista. Sin embargo, la ciudad vuelve a encontrar eficiencia en los servicios urbanos y se comunica con la periferia y el interior del país a través de los ferrocarriles. El urbanismo se caracteriza por la aplicación de la traza reticular en conurbaciones cada vez más numerosas. Salvo pequeñas intrusiones, ésta es la ciudad que heredan los gobiernos revolucionarios una vez consumada la pacificación, al finalizar la década de los años veinte.

Acciones inconexas se dejaron sentir durante los últimos años del porfiriato, tendientes a la búsqueda y afirmación de nuestros valores nacionales. Justo Sierra enarbola una tesis de preservación de nuestros valores históricos; Batres y luego Gamio inician una cierta escuela de arqueología mexicana; los alumnos de la Academia se rebelan en contra de los métodos extranjerizantes y surge entre ciertos arquitectos el deseo de inspirarse tanto en las viejas edificaciones prehispánicas como en las coloniales.

El esquema de acción que recoge este fermento nacionalista se proyectará durante el régimen obregonista y alrededor

vernáculos y se emprendieron espectaculares reconstrucciones arqueológicas en la zona maya. El gobierno del Departamento del Distrito Federal realizó campañas de limpieza en determinadas arterias del Centro Histórico, fundamentalmente en las comerciales, y propició numerosas operaciones escenográficas a partir de conjuntos monumentales. En todo el territorio nacional comenzaron a proliferar acciones de igual índole, en ocasiones con buena fortuna (como las de Morelia, San Luis Potosí y Zacatecas) y en otras con mucho descriterio.

La actual administración contó con dos personalidades ya comprometidas de antemano en la salvaguarda del patrimonio histórico. Hank González se había destacado como Gobernador del Estado de México con la creación de numerosos museos regionales, el impulso a reconstrucciones arqueológicas tan espectaculares como la de Tenango y la remoción —a la manera del guanajuatense Torres Landa, quince años atrás— de numerosos conjuntos urbanos en la mayoría de las poblaciones del Estado. Pedro Ramírez Vázquez, realizador de numerosas obras culturales durante sucesivas administraciones presidenciales, resultó ser la segunda figura que impulsó las empresas que hoy nos ocupan, las cuales contaron con el interés personal de la presidencia de la República. Al frente de la Secretaría de Asentamientos Humanos y de Obras Públicas, Ramírez Vázquez aglutinó los esfuerzos por salvaguardar los edificios federales y las acciones de rescate de los conjuntos monumentales, emprendiendo una acción de gran magnitud, requerida en parte por los desastres sísmicos que diezmaron al país en numerosas latitudes. El ya mencionado Plan Parcial fue redactado por la actual administración, así como la ejecución de significativos proyectos.

En esas acciones emprendidas hay que celebrar que se haya formado una verdadera generación de especialistas en las diferentes ramas de la restauración monumental y que poderosas instituciones —tanto públicas como privadas— hayan aportado sus esfuerzos con acciones paralelas, entre las que sobresalen la salvaguarda de los edificios pertenecientes al Patrimonio Artístico Universitario, el rescate de numerosos edificios en provincia (notoriamente los restaurados por Banamex) y la aportación sustantiva de la fundación Jenkis a las obras del Centro Histórico. La restauración de la Catedral metropolitana, de decenas de edificios religiosos, del Hospicio Cabañas de Guadalajara, la conversión en hotel del viejo convento de Santa Catarina en Oaxaca, etc., atestiguan el interés que tuvo el presente régimen por las obras de salvaguarda del patrimonio monumental.

#### **Enumeración somera de las metas propuestas**

Se procedió previamente a la realización de las obras y a la determinación de ciertos parámetros que fueron diseñados a corto, mediano y largo plazo. Se determinó realizar las etapas a corto plazo entre los años 1980 a 1982, es decir, las que corresponderían a la actual administración, dejando las siguientes etapas a los regímenes que se sucederán hasta el año 2.000. La decisión de construir el Palacio Legislativo en el emplazamiento de la antigua estación ferroviaria de San Lázaro y la decisión —que entonces se avizoró como viable— de reubicar el mercado de la Merced, hicieron gravitar las acciones concretas al área denominada “Eje Palacio Nacional —Sede del Congreso”, aunque algunas acciones anteriores del D.D.F. habían remodelado la plaza Tolsá en la calle de Tacuba, la de la Santísima y la calle que bordea el ex-Colegio de San Ildefonso.

Asimismo, fueron mencionadas en un principio tanto la zona aledaña al Ex-Convento de Santo Domingo y el “Eje Alameda-Plaza de la Constitución”, los cuales fueron pronto abandonados— a menos que se considere la obra del edificio sede del Banco de México, y la restauración de la Plaza de la Santa Veracruz y del Hospital de la Mujer, en donde en breve será establecido un museo que alojará la Colección Franz Mayer.

En lo que respecta a la erradicación del mercado de la Merced, incrustado en la vieja Ciudad Colonial desde el siglo XVII, pudimos presenciar las dificultades que acarreó la regulación de horarios para la carga y descarga y lo poco que va a significar la nueva central de abastos de Ixtapalapa.

También se realizó un importante estudio para la limitación de la circulación masiva de vehículos automóviles, la que se reveló como impracticable dada la saturación de uso de la actual área del Centro Histórico y del actual sistema de transporte colectivo que allí existe. En cuanto a la erradicación de la industria de la zona, hemos podido contemplar, por el contrario, el espectacular establecimiento de numerosos obrajes de diversas manufacturas, todos alrededor del Centro Histórico, lo que contribuye a congestionar sus servicios y a saturar su infraestructura.

El crecimiento de las instalaciones derivadas de las Secretarías de Estado y demás organismos de gobierno, ha ido en ascenso en lugar de haber disminuido. Los incentivos propuestos para incrementar los usos preferenciales, fueron paralizados por la incompreensión de ciertos sectores. La adquisición de terrenos para impedir la especulación se realizó en amplia medida, pero se ha paralizado su demanda. La ubicación de estacionamientos vehiculares que garantizaran la desaparición del tránsito vehicular aún se revela como embrionaria, y los mejoramientos de habitación propuestos no pudieron ser abordados por la resistencia pasiva de sus moradores.

#### **Las realizaciones concretas**

El “Eje —Moneda— Emiliano Zapata”, el “Eje Corregidora” y los transversales desde Correo Mayor hasta el Palacio Legislativo, fueron las zonas preferenciales donde la intervención fue mayor. Un cambio radical de pavimentos y redes de agua y alcantarillado repuso los anteriores, sumamente degradados. La investigación acerca de los niveles diferenciales de desplante de las manzanas y los edificios reveló muy interesantes resultados; el análisis de los materiales arqueológicos y la determinación de las construcciones deprimidas en numerosos puntos, resultó de un interés documental de primer orden. Como la zona llevaba varios años de abandono por parte de las autoridades en lo que respecta a su dignificación ambiental, había llegado a tal grado de contaminación visual y de deterioro que la supresión de los letreros comerciales, el restablecimiento de un gran número de los vanos destrozados en vías a una mayor superficie de vitrina, la reintegración de guardapolvos y elementos pétreos y ornamentales de las más relevantes fachadas, recibieron desde el primer momento el aplauso general de propios y extraños.

La fortuna de no haber restablecido el sistema de iluminación nocturna a base de los aberrantes soportes de luminaria en vías tan estrechas, fue uno de los más grandes aciertos de la restauración emprendida. Por primera vez (después de la desaparición de la iluminación de las plazas —a base de reflectores invisibles— emprendida en 1967) resaltan los edificios primordiales y el ambiente urbano sin la molestia de los



faroles que desafocan la visibilidad. En lo que respecta a la gama cromática elegida, ésta resultó del acuerdo de diversas tendencias entre los restauradores responsables, al desear restituir los colores que se revelaron en algunas casas del siglo XIX y otras anteriores, dando como resultado una paleta sumamente variada a la cual estamos ya totalmente deshabitados. El blanco de cal o vinílica, tan de moda en los años cincuentas, fue proscrito y la gama varía entre los diversos tonos areniscos, los ocre y los almágres. Cuidadosa y casi siempre bien encauzada ha sido la restitución de elementos faltantes; muy sanas las reposiciones de maderas en puertas y ventanas; el restablecimiento de cornisas y balconeras; la desaparición de marquesinas y la reglamentación de letreros comerciales, han sido en casi todos los casos afortunados.

El criterio empleado en las fachadas no monumentales quizás sea el más difícil de ser juzgado en el momento actual, por faltarnos aún la adecuada perspectiva histórica. En la mayoría de los casos, se siguieron patrones formales a base de proporciones derivadas de las construcciones históricas y abreviando su léxico formal. ¿Habría sido el camino adecuado? Se reveló como el más fácil o por lo menos el que provoca menos controversia. Las contadas intrusiones contemporáneas no revelan un talento sobresaliente en el diseño. Es verdad que en la mayoría de los casos tratan de restañar heridas mucho más graves que le habían sido infligidas a la ciudad,

sobre todo a partir de los años cuarentas; muchas de ellas han quedado mimetizadas o francamente disfrazadas.

La apertura de las acequias reveló lo precario de los materiales que las conformaban y requirieron de una reconstrucción casi radical. La prudencia del restablecimiento de los espacios exteriores de las plazas de la Santísima y de la Alhóndiga han resultado verdaderos aciertos y la reposición de sus proporciones originales a edificios como el La Soledad, la iglesia de Loreto y la de la Santísima, deben de ser aplaudidas.

### Expectativas de futuro

Las etapas de desarrollo propuestas en los tres tiempos antes indicados, no deben de sumirnos en el escepticismo ni en el desaliento. Múltiples han sido las acciones de esta índole en numerosos países del extranjero que deben movernos a reflexión. El cambio de uso del suelo puede acarrear la desaparición de las bases de equilibrio urbano, tan precarias en la época actual, o dejar paso libre a la especulación incontrolable. Por lo demás, pretender crear una ciudad museo ya se ha revelado como altamente peligroso y casi seguramente impracticable en nuestro medio. Desarraigar a los actuales ocupantes nos deja en la expectativa de quiénes serán los sustitutos, y si ello va a beneficiar o, por el contrario, perjudicar en el futuro a la zona histórica. La higiene es aún precaria, y el hacinamiento promiscuo, acentuado. Una vez más, no se puede penetrar más allá de la corteza de las apariencias; nos detuvimos en el umbral del problema.

No observamos que proliferen las acciones individuales o colectivas hacia este prodigioso rescate, como se pensó en un primer momento. Sin embargo, y aun a riesgo de repetirnos, insistimos en la falta de distancia histórica para poder evaluar con justeza el alcance de la presente acción. Lo más satisfactorio sería que ella continuara y no quedara por hacer lo que en esta etapa no pudo ser consumado: por ejemplo, la solución al tránsito vehicular, la regeneración no onerosa de viviendas, los estímulos a usuarios o propietarios, la garantía del mantenimiento —cosa tan difícil de lograr en nuestro medio, pero que ojalá comience ya a producirse—, la sustitución de determinados usos congestivos o degenerativos, los hábitos accesibles de higiene, la sensibilización de la colectividad encauzada a la mejoría permanente de las calidades urbanas, la armonía de la cultura con las actitudes derivadas de ella, el impedimento del uso turístico degradante y barato, brindar los medios por medio de los cuales el organismo llegue a ser significado a través del ambiente urbano, etc.

Observemos, evaluemos; sepamos reflexionar y anotar conclusiones cuando el tiempo y las circunstancias así lo permitan. La obra está ahí, así como tantas que le antecedieron y que no han corrido con fortuna. Pero quizás, y poco a poco, el inmenso tejido urbano que configura nuestra entrañable ciudad se irá saneando a través de un proceso de autorregeneración.

La ciudad que fui conociendo a partir de los años cuarentas, depredada por las inundaciones cíclicas, congestionadas sus áreas urbanas por los tianguis infames que ya han desaparecido, el nuevo trazo de apertura de viejas callejuelas que iba destruyendo la piel de nuestra urbe, se ha finalmente paralizado. Mucho se sigue y se seguirá perdiendo, como en toda ciudad de pulsos rítmicos poderosos y vitales como la nuestra. Pero el saldo es, a todas luces, positivo, las expectativas estimulantes aunque difíciles. Sólo nos queda esperar la continuidad de una acción que merece seguir adelante.